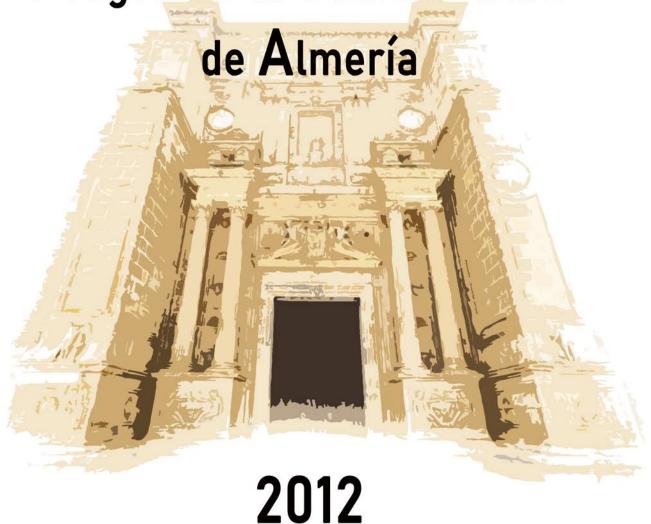


Agrupación de Hermandades y Cofradías de Almería

Pregón de la Semana Santa



- Julio Alfredo Egea Reche -



Excmo. y Rvdo. Sr. Obispo; Ilmo. Sr. Alcalde; Ilmo. Sr. Icario general para el apostolado seglar; Sr. Presidente de la Agrupación de Hermandades y Cofradías; hermanos todos.

Doy las gracias, por sus generosas palabras, a mi presentador don José Rafael López Usero, maestro indiscutible de pregoneros, que tanto en Almería como en otros muchos lugares, ensalza con su palabra llena de sensibilidad y sabiduría, a la hermosura y el sentimiento de los desfiles procesionales.

## INTRODUCCIÓN

Almería es un inmenso Gólgota de cerros áridos que se extiende hacia el mar como agua simbólica de Bautismo y Redención. Pero dentro de esa aridez surgen oasis definitivos, en la tierra y en el alma, por la gracia de Dios.

Hombres de espíritu seco hacia el sentir cristiano pueden mirar a nuestra Semana Santa como un Carnaval de disfraces austeros, amparados en derroche de vanidades, siendo en realidad una gran metáfora viva, una invitación a la Vida a través de la Belleza, desde la agonía y el dolor; un encuentro de símbolos positivos a partir de la Muerte, con raíces evangélicas originadas en tres palabras fundamentales: Amor, Fe y Esperanza. El Misterio y la Poesía son la esencia misma de nuestra Semana Mayor, son para el ser humano cimiento, base segura para andar por caminos de felicidad. El Misterio es connatural en el hombre, y a veces, cualquier guiño de la Naturaleza no previsto o brote de la inteligencia del ser humano en proceso de descubrimientos asombrosos dentro de la creación del mundo y su evolución, dan inicio a ciertos sectores de la sociedad de nuestro tiempo para un intento de enfrentar ciencia y religión, negando la presencia de Dios. Nada más lejos de la verdad que ese pretendido enfrentamiento con intenciones de descristianizar. Dios dio al ser humano una inteligencia capaz de ir descubriendo los misterios del mundo y aceptando los misterios divinos por el sentimiento de la Fe, avalada por la conjunción de su Palabra, la Historia y la Profecía. Vivir nuestra Semana Mayor es un acto en testimonio de creencias que nos conduce una segura primavera del alma.

## LITURGIA DEL PUEBLO

Considero a nuestros desfiles procesionales como una autentica conquista del pueblo, liturgia del pueblo, ganando sentimiento y belleza a través de los tiempos, envolviendo en poesía esta lograda representación de misterios fundamentales.

Dijo fray Luis de León que "la poesía es comunicación del aliento celestial y divino". El profesor Muñoz Alonso meditó sobre esta definición y añadió: "¡Pensad qué será el aliento divino! Sobrecoge meditar sobre la repercusión de este vocablo en Dios: su aliento. Porque mucho es su palabra creadora y reveladora, salvadora y vivificante, pero más, divinamente más hermoso y gozoso es lo que el aliento de Dios pueda significar". Pues bien, yo os digo que ese aliento celeste alimenta la liturgia del pueblo, la forja de poesía a través de siglos hecha por el



pueblo para la Semana Mayor. Y yo invoco a ese aliento divino para que roce la humildad en la palabra, para que al hablar de temas tan altos me limpie de retóricas y torne cálida la pobreza de mi decir. Mi voz se une a tan sublime manifestación de amor, en cumplimiento de calendarios de sentimiento.

Mucho ha cambiado nuestra Semana Santa desde que hice mi primer pregón en 1971, y mi segundo en 1990, en cuanto a número de cofradías, belleza de nuevas imágenes, de tronos, de palios, de actividad de los cofrades en obras derivadas de un cristiano quehacer, etc. Basta con ver programas y, sobre todo acudir a las calles a presenciar toda la belleza de los pasos y a sentir toda la ofrenda de emociones. Son cosas que no se pueden describir con pobres palabras y tópicos gastados. El espíritu cofrade, de hermandad, es el mismo, eso no cambiará. También ha cambiado la sociedad, ni siempre para bien.

Quizá sobre la palabra, no sea necesaria la palabra. Es necesario el cirio, la lágrima y el clavel, también arriar el alma, dejarla repartida.

Tenemos que partir del centro de este asunto: la muerte de Cristo, la imagen del Crucificado, los misterios del dolor. Los signos amargos de nuestro sentir religioso son duros de aceptar, imposibles de aceptar sin las apoyaduras de la Fe. Y es que es difícil asociarlo a Él con la Crucifixión, a Él que la Vida misma.

Se ha combatido a veces, en nombre de una austeridad religiosa, de una supuesta vuelta hacia lo primario y auténtico, el espectacular despliegue procesional de nuestros pueblos, y esto no sólo por los no creyentes, también por formidables cristianos viejos, renovados, de la mejor buena fe. No hay duda de que hay que vigilar la posible introducción de elementos profanos o paganos, pero nunca romper una tradición nacida en la más honda raíz del pueblo. El andaluz no puede manifestarse como el habitante de un pueblo nórdico. El pueblo andaluz es barroco y ha explotado en divinas demencias de luces y flores. Su amordazada alegría, su fe heredada y hondísima, su capacidad amorosa para desfigurar realidades tristes, todo esta ahí. Y nadie pida la supresión de las procesiones alegando motivos económicos; supresión que no repercutiría en atención, mayor atención, a sectores desatendidos; nos engañemos. SI el cristiano gasta en lujos, malgasta sin tino en bienes y elementos que generalmente sólo sirven para hacer su vida más vacía, nadie se escandaliza. Pero sí escandaliza a muchos los gastos que origina una procesión. Y hay que pensar en un pasaje evangélico: la unción de Betania. "Cristo estaba en Betania, en casa de Simón el leproso. Cuando estaba recostado a la mesa (nos dice San Marcos) vino una mujer con un vaso de alabastro lleno de ungüento de nardo autentico, de gran valor, y rompiendo el vaso se lo derramó sobre la cabeza. Algunos se decían indignados unos a otros: ¿Para qué este derroche de ungüento? Porque pudo venderse en más de 300 denarios y darlos a los pobres. Murmuraban de ella. Jesús dijo: Dejadla. ¿Por qué la molestáis? Una buena obra es la que ha hecho conmigo; porque pobres siempre los tenéis con vosotros y cuando queráis podéis hacerles bien pero a mi no siempre me tenéis":

He aquí el Evangelio, la verdad, la lección de Cristo, perfectamente aplicable.

Son hermosas y significativas nuestras procesiones, en todo lo largo y lo ancho de



nuestra geografía meridional. Hay que admitir una teología andaluza, de un pueblo con "cultura en la sangre". El pueblo puso símbolos y sabidurías viejas a los pies de Cristo, y se mimaron claveles todo el año para que se ajaran a sus pies. Este deseo de acercar flores a Jesús siempre nos trae el recuerdo de los versos del altísimo poeta San Juan de la Cruz en sus Canciones entre el Alma y el Esposo:

"De flores y esmeraldas/ en las frescas mañanas escogidas/ haremos las guirnaldas" en tu amor florecidas.

Y se eligieron sedas y colores para intentar suavizar el dolor. Y los labios pronunciaron humanismos piropos de consuelo para las Vírgenes, en intento de hacerlas sonreír. Según el padre Cue, un "paso de palio" es un logro definitivo, una fórmula conquistada, como el capitel corintio o el soneto: arquitectura y poema, plástica y lírica. Se han hecho varales de plata los suspiros del pueblo y las Vírgenes de nombres hermosos y definitivos: Paz, Soledad, Consuelo, Esperanza, Amargura, Merced, Macarena... salen de la clausura del camarín, del rincón barroco de sus altares, para cruzar el humano temblor de las calles, la intimidad de calles donde el ser humano sufre. Y el silencio tiene una dimensión sin límites y cuando se rompe es para dar paso a un tímido rumor de oración contenida, a un grito de alma disparada, a la saeta.

¿Qué decir de la saeta? Se ha dicho que la saeta es música del gemido, un gregoriano meridional. Es un cante para morir, un intento de morir con Cristo. En la voz de quien la canta se derrama toda la esencia del alma andaluza. Son eternas, definitivas las expresiones cumbre de nuestro vivir cristiano, en transmisión del alma a la voz, de la alegría más pura al más hondo dolor.

Del villancico navideño a la saeta de nuestra Semana de Pasión pueden andar los pasos del alma por toda la historia de nuestro sentir cristiano, y aunque se eleve en una sola voz, hay un despertar de almas, una multitud de corazones populares que están cantando desde el silencio. Vienen a mi memoria unos de los primeros versos que escribió Federico García Lorca y que parecen inspirados en esos momentos de emoción, en ellos dice: "Cristo pasa de lirio moreno de Judea a clavel de España". Todo en una procesión es prodigioso, y no con la superficialidad que pueda aparentar ante unos ojos simplemente turistas o de recelo... Pero jay de las cofradías! Si el entusiasmo queda tan sólo en espectáculo, en filigrana de trono, campaneo de palio, teatro de penitencias... Una cofradía ha de ser, es sobre todo, un conjunto de cristianos que se agrupan queriendo resaltar la muerte de Cristo y, al mismo tiempo, teniendo un afán común de penitencia. La penitencia ha de ser, según las enseñanzas del Concilio Vaticano II, no sólo interna e individual, sino externa y social, y en esto las cofradías han de ser ejemplares. Y cuando los cristianos se juntan, y Cristo está entre ellos, según promesa suya, han de sentir una honda revolución de amor en sus corazones, han de hacer contagiosa su fe, han de otear sus horizontes próximos para acudir a situaciones injustas, para intentar remediar perennes hambres del cuerpo y el espíritu. Las cofradías han de ser siempre una ocasión para acercarse a los hermanos que más sufren, a los que claman y no se les oye, a los que muerden su silencio porque perdieron para siempre la esperanza de ser atendidos en sus desvalimientos. Esta será la única manera de quitar peso a la cruz de Cristo, de hacer fermentar su sangre en flores, de ser como riachuelo con latidos suyos explorando las penumbras humanas de la tierra, haciendo continuar su total e infinita redención. El ser



humano que quiera relacionarse con la pasión de Cristo no puede actuar con tibieza, con frialdad de comparsa, sino que ha de hacer de su vida cirio y hoguera, calor y aroma que llegue a seres distantes o distanciados; ha de comprometerse a ser el mejor Cirineo, y no sólo a llevar el peso de su cruz particular sino a desgarrarse el hombro con la gran cruz de Cristo pesando sobre la Humanidad entera. No es cosa de juego y, aunque es obligación de todo cristiano, lo será mucho más, de manera especial para aquellos que se aproximan con signos externos a la Muerte y resurrección del Salvador. Si no es así, nuestras procesiones serán el mayor de los fariseísmos.

En este tiempo de Semana Santa tenemos que unirnos necesariamente al latido de todos los seres que nos rodean, limpiar de nuestros ojos el polvo de los caminos mal andados, alzar la escalera azul de la esperanza para alcanzar la nube de hermosura de la mirada de Jesús. Tenemos que ser sembradura a nivel de su costado abierto, sentir la divina locura que Él sintió, levantar nuestra sangre de la arcilla, alzar la flor y destruir la espada, renegar de festines al margen de su mesa; plantar con valentía nuestra cruz, a la derecha de la suya, o a la izquierda, pero muy próxima. Y tenemos que meditar, pensar que hay dos acontecimientos definitivos, aún más trascendentales que su muerte, porque son fruto de ella, porque sin ello nuestro ser de cristianos no tendría sentido: la Eucaristía y la Resurrección. Pero después de la gran promesa de permanencia, del misterio eucarístico, morirá Jesús, y será desclavado por un temblor de manos amorosas que lo llevarán hasta el regazo de María. Y en esta cumbre del dolor y la ternura quedó la lección para todo cristiano. Cada vez que volvemos de las borrascas del desamor, de nuestros oscuros fracasos, retornando los ojos a Cristo, sabemos que estamos volviendo a desclavar del madero sus divinas manos, y sabemos que nuestro llanto, para que sea fecundo en gozos ha de pasar por el regazo de María, medianera infinita.

Estamos en la penúltima etapa de la historia de la Redención, del gran misterio de esta historia difícil de aceptar por nuestra razón limitada y confusa, pero que siempre acepta nuestro sentimiento, porque el corazón del ser humano cuando es inundado por el amor nunca se equivoca. Tremenda etapa de esta suprema historia de amor.

Todo empezó en arcángel y azucena... Hemos llegado a una cumbre de lágrimas. Está ausente el ala de los ángeles. La Virgen recibiendo el peso de Cristo muerto, el peso del dolor del mundo; sus piernas soportan el dolor y el amor de siglos pasado y futuros de todas las madres de la Tierra. No acuden los ángeles... Aquel arcángel de la alegría de la Anunciación... ¿en dónde está? Aquella música de ángeles congregando pastores , haciendo sonora la estrella sobre el portal... ¿Por qué rincón celeste andan alicortados, impotentes por la pena?

Sólo la tremenda música del gemido, el brillo de estrellas rotas de un manantial de lágrimas, y nuestra razón confusa, y nuestro corazón que acepta estremecido por la fe, y la certeza de que se inicia un gozo infinito, un anuncio de auroras, porque tras las esquinas de la noche volverá Cristo, vencedor de la Muerte. Detrás de la lágrima, de un trasfondo de nubes vencidas, estará la sonrisa de Cristo como un sol alcanzable por los caminos del Amor.

Yo, niño de la guerra, que llegué al conocimiento de la crueldad dentro de una niñez desconcertada, entristecida por noticias contadas en voz baja por conversaciones de adultos, de injusticias y crímenes, de vientos del odio llegado de todas las direcciones, de luchas entre



hermanos, tuve por tema fundamental clamar, dentro de mis primeros libros, por la reconciliación dentro de un valle de Todo, para todos, donde el amor de Cristo estableciera una paz forjada en el perdón, estable en nuestras vidas, sin vencedores ni vencidos. AL paso de los Cristos, desde las circunstancias personales de cada uno, mantengamos aquel triste recuerdo, en profunda oración.

Digo en los últimos versos de un soneto escrito a primeros de los años sesenta, dentro de la amargura de aquella dura y larga anteguerra, guerra y posguerra, ante el temor de un posible remover posos del odio. Se titula Cristo del Valle:

De tres clavos la Paz está pendiente.

No habléis de la nobleza de la espada.

No digáis guerra. Cobijada la herida.

Leeréis la paz de Cristo por su frente,

paz sobre la muerte derramada,

la paz nevando amor sobre la vida.

Tengamos la esperanza de que el Reino de Cristo comience en este mundo, florezca desde su costado sobre este mundo nuestro sumido en un materialismo de falsos dioses. Desde la tolerancia y el amor hay que creer que alcanzaremos su Reino que es el de la paz universal y la convivencia fraterna con todo ser humano.

Soñando este futuro, rogando por que alguna vez llegue, pongo en los finales de un poema estas palabras en busca de unos labios de inocencia y pureza:

Aquí la voz de un niño

como una brisa descorrida de pronto

dirá: Venga tu Reino.

Y llegará tu Reino.

Pero hay que estar alerta, abrir todas las alertas de nuestro sentir hacia cristianos y hacia personas creyentes o no, de buena fe. Lo digo a través de imágenes en un poema:

Nos conocerán sólo por la manera de repartir el pan,

de acercar ríos,

de abrir las puertas en la noche,

de echar un manto antes de la escarcha,

de alzar martillos sobre los grilletes,



de cubrir sangre quieta,

de deletrear cristales,

de dar una palabra como un fruto,

de segar las ortigas,

de prender nuestros besos en la fusta,

de retornar sonrisas,

de sujetar tormentas,

de izar el salmo sobre la agitada sangre de los caminos,

sobre el último traspiés en que la carne de derrumba.

Almería, a 11 de marzo de 2012

III Domingo de Cuaresma

Teatro Apolo